

# REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIV

San José, Costa Rica

1949

Jueves 10 de Enero

No. 19

Año XXIX — No. 1070

## Signos de un pensador de nuestra época

Por Vicente MAGDALENO

(En el Rep. Amer.)

A Rafael Heliodoro Valle.

(Palabras pronunciadas en la Vela luctuosa en honor del Conde Keyserling en la Sala de Conferencias del Palacio de las Bellas Artes, México, D. F.)

Abiertamente confieso que soy un hombre convencido de la grandeza de la época actual. Interesantes en grado sumo me parecen, por lo mismo, los héroes de la acción, el arte o el pensamiento consagrados, a partir del siglo XIX, a trazar un rumbo a las sociedades y a decir del hondo y trascendental significado del ser frente a las cosas.

Todo hombre intrínsecamente superior sabe siempre colocarse, con la mira de responder a ciertos imperativos espirituales, a la altura de su momento histórico. Hoy como ayer logra así el excelente ser reconocido a través, sobre todo, de su innato sentido de responsabilidad. La historia es pródiga, al menos, en datos de hombres cuya trayectoria en lo pasado ha sido una verdadera cauda de luz. Frente a esas listas, ahora bien, el siglo XX también ofrece, a manera de relación, los nombres de quienes no obstante el escepticismo y la confusión ambientes, han logrado sobresalir. Conste, sin embargo, que la gloria es una conquista que conforme avanzan los tiempos, parece alcanzarse con una mayor dificultad.

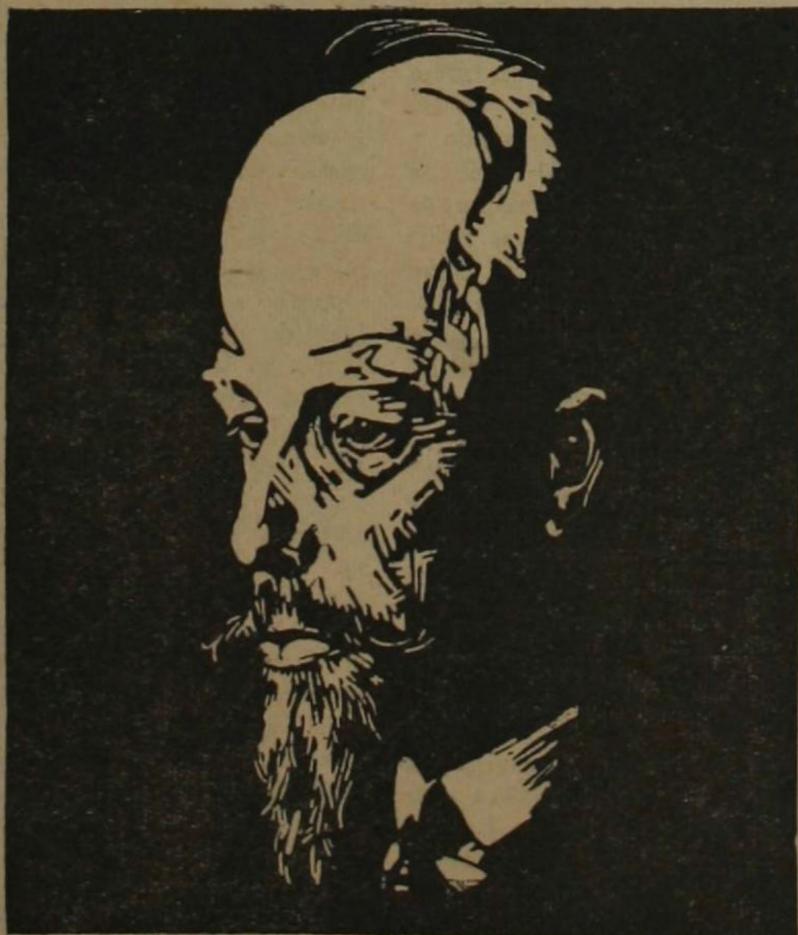
Nadie podrá negar, en efecto, que la gran mayoría de los espíritus responsables de otras

épocas alcanzaron a contar —no siendo esta su menor ventaja— con un mundo organizado y coherente dentro del cual cada expresión suya acabó logrando, por una fuerte e inmediata correspondencia, la más diáfana y constructora interpretación. ¿Podremos decir que la misma receptividad, hija de un orden semejante, es la distintiva de estas estremecidas décadas nuestras? Sin que ello signifique un reproche a los tiempos actuales, cabe advertir a éstos dentro de un ambiente despreocupado, casi en su totalidad, por todo cuanto se refiere a lo personal. De aquí que el hombre viva, como persona, una hora de prueba en verdad formidable. Difícil, muy difícil para el héroe auténtico revelarse hoy en día; pero, al mismo tiempo, inusitada la fuerza del reconocimiento otorgado, por parte de todos nosotros, a quien logra sobresalir. Responsable en gran parte de que muchas voces se pierdan o alcancen, tan sólo, las calidades del murmullo es, igualmente, la misma amplificación de escenario dentro de la cual se procede hoy en día; amplificación de escenario que, por otra parte, resulta el más interesante fenómeno de todos los tiempos históricos, dada su magnitud. Muchedumbres de pueblos y hombres irrumpen, empañando con su algarabía —por otro lado justificadísima— el silencio y la calma reservados hasta ayer para el trabajo del artista, las faenas del mandatario y los esfuerzos del pensador. Un mundo

de formas culturales estrepitosamente se derrumba, y la época nuestra aparece, ante sí propia, en toda su desnudez *noumenal*. Los políticos, los filósofos y los artistas del siglo dolorosa, pero ciclópeamente, luchan en tanto por encontrar la expresión ya no de una cultura parcial sino, más claramente hablando, de esa síntesis de las más diversas culturas —síntesis que, según todos los signos, acabará por apellidarse la gran cultura mundial.

¿Qué de raro tiene entonces que, en este maremagnum, también el filósofo salga de sus casillas, o sea de sus métodos habituales? Limpia y correcta expresión de su época fué el sistema cartesiano. La conciencia de una armonía de las formas encontró, por lo menos, en los preceptos exageradamente racionalistas de la filosofía de Descartes, su más firme sostén. ¿Cuán diferentemente surge Kant, cuya obra dijérase situada en un verdadero cruce de caminos, lo cual parece obligar al filósofo a complementar su *Crítica de la Razón Pura* con la doctrina de la *Razón Práctica* donde, por así marcarlo, hallan cabida las más vitales posturas del ser! La idea, en su más genial desenvolvimiento dialéctico no es ya, para Schopenhauer, poco después, el nervio motor de las cosas. La voluntad de vivir irrumpe, obligando al mismo pensador que la suscitara, a huir como un vulgar aprendiz de hechicero. Schopenhauer se refugia así en el nirvana de su moral; de su moral que tan deplorablemente arma con la base ontológica del sistema total. La hora, empero, es una hora de crisis. El espíritu habrá de reconocer, años más tarde, la necesidad de canalizar tal potencia desencadenada tanto en el orden del conocimiento como en las multiformes realidades de la cultura. La ola sólo podrá aniquilarnos si nos abandonamos hasta quedar bajo sus torrentes; porque cuando seguimos vitalmente sus movimientos, la ola, ella misma, logra al final conducirnos. Hay que aceptar, pues, la vida en toda su dramaticidad, dice Nietzsche en los finales del siglo pasado, toda vez que cuanto no nos mata sólo nos hace más fuertes.

Fiel a las realidades históricas, de las cuales no es sino una repercusión ideal toda filosofía, el filósofo debe entonces saber interpretar las cosas de su tiempo, re-creándolas en el aire pleno de esencias de lo trascendental. Pero ¿podrá haber filosofía cuando ha sido sorprendido en falsedad con su época el filósofo? Toda la vida de Nietzsche, toda su filosofía, no son más que esfuerzos titánicos por hacer surgir un nuevo tipo de pensador. O sea, un filósofo ya no sepultado dentro de la pura lógica sino, por el contrario, dueño del suficiente espíritu de aventura para vivir la vida en todos los planos del conocimiento y, así, al final, plantarse como un ejemplo vivo de su doctrina. De aquí el origen de toda moderna filosofía de la acción. "No puedo tener en estima a un filósofo sino en cuanto puede servir de ejemplo" —dice textualmente el pensador de *La Gaya Ciencia y Más Allá del Bien y el Mal*, libros en cuyas páginas se expresa el deseo de ver aparecer, despreocupadamente alegres y vigorosos, a los



Herman Keyserling